

Maltrato infantil: análisis diferencial entre el abandono físico y el emocional

Child maltreatment: differential analysis between physical and emotional abuse

Juan Manuel Moreno Manso¹

RESUMEN

Los estudios comparativos entre las distintas formas de maltrato a los menores son relativamente escasos. La mayoría se centra en aquellos tipos de maltrato más evidentes, como el maltrato físico y el abuso sexual, o en el maltrato infantil de forma general. En esta investigación se realiza un análisis comparativo entre el abandono físico y el abandono emocional con el propósito de determinar en qué medida los mismos factores o variables intervienen en ambos tipos de desprotección infantil.

Palabras clave: Maltrato infantil; Abandono físico; Abandono emocional.

ABSTRACT

The comparative studies between the different ways of child abuse are relatively insufficient. Most of the studies focus on the most evident child abuse manifestations (i.e. physical or sexual abuse), or on child abuse as a whole. Through this research, a comparative analysis between physical and emotional abuse is made in order to determine to which extent the same factors or variables participate in both kinds of child maltreatment.

Key words: Child maltreatment; Physical abuse; Emotional abuse.

INTRODUCCIÓN

Este estudio forma parte de una investigación más amplia relacionada con las variables individuales, sociales y familiares que intervienen en el maltrato infantil. A través de él, se intenta delimitar dos de los tipos del maltrato que tienen indicadores o manifestaciones muy similares en cuanto a su detección. Éstos son el abandono físico y el abandono emocional, ambos considerados formas de maltrato por omisión. El primero de ellos, el abandono físico, es considerado a través de diferentes estudios como el de mayor incidencia en la actualidad, dato que justifica la importancia de un mayor conocimiento de la mencionada tipología (Black, Heyman y Smith, 2001; Cerezo, 1997; De Paúl, Milner y Mújica, 1995; Gil, 1970; Inglés, 1991; Jiménez, Moreno, Oliva, Palacios y Saldaña, 1995; Johnson, 2002; Morales, Vicioso, Garrón y Moreno, 1999; Moreno, 2002; Saldaña, Jiménez y Oliva, 1995).

¹ Departamento de Psicología y Sociología de la Educación, Universidad de Extremadura, C/ Díaz Brito, 14-2º B, 06005 Badajoz, España, tel. (924)26-13-23, correo electrónico: althea@correo.cop.es. Artículo recibido el 16 de junio y aceptado el 17 de septiembre de 2004.

La dificultad existente al momento de delimitar tipologías puras de maltrato infantil es una realidad que se materializa a través de las distintas investigaciones llevadas a cabo, así como una demanda por parte de los técnicos que trabajan con menores en situación de desprotección; en efecto, cuando se pide a estos últimos que sistematicen la información en sus memorias sobre los indicadores de un menor en situación de abandono emocional y de uno abandonado físicamente, las diferencias entre ambas tipologías son prácticamente imperceptibles. Como conceptos, parece haber un criterio claro para delimitar esos tipos de maltrato, pero en la práctica profesional no es tan simple puesto que ambas formas parecen ocurrir juntas.

Una de las definiciones más interesantes acerca del concepto de abandono físico es la que proporcionan Cantón y Cortés (1997). Según estos autores, el abandono físico se manifiesta a través de conductas de omisión de los responsables respecto de los cuidados físicos del niño, dando especial importancia a las consecuencias de dicha omisión en éste: daños físicos, emocionales, sociales, cognitivos y otros. Las definiciones son numerosas, pero la mayoría de ellas parecen coincidir en el hecho de que para que un niño sufra abandono físico es necesario que se le prive de los cuidados físicos más elementales (Knutson, 1995; Martínez y De Paúl, 1993; Polansky, De Saix y Sharlin, 1972; Polansky, Gaudin, Ammons y Davis, 1985).

Autores como Martínez y De Paúl (1993) consideran este tipo de maltrato característico de familias que, ya sea por su incultura, ignorancia, pobreza o incapacidad para el cuidado, ponen en peligro a los menores a su cargo, ya que priorizan otras necesidades frente a las que deben garantizar el bienestar de los niños de los que son responsables. Asimismo, plantean que esta práctica de maltrato puede tener un carácter familiar consciente o inconsciente, destacando la tremenda dificultad existente para situar el límite entre una conducta paterna moderadamente negligente y una conducta familiar de maltrato.

El planteamiento de Dubowitz, Black, Starr y Zuravin (1993) sitúa el maltrato por omisión en una perspectiva más amplia y ecosistémica y considera que, sea cual sea la causa del abandono físico, el hecho es que el resultado es siempre adverso para el menor.

Quizás, desde el punto de vista de la práctica profesional diaria, la definición más sistemática y enriquecedora es la que proporcionan Arruabarrena y De Paúl (1994), puesto que concretan cuáles son las necesidades básicas elementales. Estos autores parten de la idea de que un niño sufre abandono físico cuando sus necesidades físicas esenciales y primordiales no son cubiertas temporal o permanentemente en su unidad convivencial. Asimismo, señalan cuáles son las necesidades que todo responsable de un menor debe satisfacer: alimentación, higiene, vestido, protección, vigilancia, educación y cuidados médicos. En cuanto al abandono emocional, mencionan que, al igual que el abandono físico, se produce por un inadecuado cumplimiento de los deberes de protección, siendo considerado como una de las formas de maltrato infantil que, junto con el maltrato emocional, presenta mayores dificultades cuando se trata de delimitar cuáles son los daños que genera en el niño. Según Arruabarrena y De Paúl (1994) (véase también Arruabarrena, 1998), el abandono emocional es consecuencia de una persistente falta de interacción de los miembros de la unidad convivencial con los menores a su cargo, lo que se manifiesta a través de la ausencia o escasez de interacciones padres-hijos, la insuficiente estimulación del niño y la falta de respuestas paternas a las señales de proximidad, contacto e interacción generadas por el menor. Esto podría impedir su adecuado desarrollo evolutivo.

Desde la intervención profesional, el presente autor se ha formulado en numerosas ocasiones la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que un niño privado de las necesidades básicas elementales (abandono físico) pueda ser estimulado afectivamente de tal manera que tenga cubiertas sus necesidades emocionales? Es posible que esto pueda parecer fácil de delimitar en un plano teórico, pero no lo es en el práctico. Excepcionalmente, lo anterior se ha podido observar en muy pocas familias, al igual que se ha constatado también que hay menores en clara situación de abandono emocional, sin afecto, cuyas necesidades físicas básicas son satisfechas incluso en exceso.

Cuando se trata de delimitar ambas tipologías de maltrato infantil a través de los indicadores o manifestaciones que debe exhibir el niño para el diagnóstico diferencial, aparece una gran dificultad,

pues si bien los indicadores infantiles del abandono físico parecen claros, no lo son los del abandono emocional.

Los indicadores de abandono físico pueden ser muy variados, pero la mayoría de los autores coinciden en el hecho de que son seis las manifestaciones más relevantes: 1) alimentación escasa o inadecuada, 2) falta de higiene corporal, 3) indumentaria inapropiada para la época climática, 4) constante falta de supervisión por parte de sus cuidadores, 5) despreocupación en cuanto a los cuidados médicos rutinarios del niño y en cuanto a la atención del menor enfermo y 6) poco o nulo interés por sus necesidades educativas.

Al revisar la bibliografía relativa al abandono emocional, se pudo comprobar que la información existente es muy escasa, a la vez que se constató una falta de criterios operativos para su detección. La mayoría de autores entremezclan los indicadores o manifestaciones del maltrato emocional y del abandono emocional, a pesar de que son formas de maltrato diferentes (Garbarino, 1986; Gaudin, 1993), lo cual es un error. El único indicador claro para determinar que un menor sufre una situación de abandono emocional es la falta persistente de respuesta a las necesidades de afectividad e interacción por parte de los miembros de la unidad familiar donde convive, manifestación, que como ya se dijo anteriormente, se ha constatado en la mayoría de los casos de menores en situación de abandono físico.

De ahí que, con el propósito de delimitar claramente ambas tipologías de maltrato infantil por omisión, se planteó el presente estudio.

MÉTODO

Sujetos

Este trabajo fue un estudio comparativo entre dos tipologías de maltrato infantil consideradas, desde el punto de vista de la práctica profesional, cómo difíciles de delimitar en cuanto a sus manifestaciones. Estas son el abandono físico y el abandono emocional.

A través de este estudio, se trató de comprobar si existen diferencias significativas entre el abandono físico y abandono emocional en los indicadores o manifestaciones para su detección, así como en las variables que inciden en la aparición de las mencionadas formas de desprotección infantil.

La muestra constó de 256 menores víctimas de maltrato infantil. Todos estos menores fueron considerados en situación de maltrato por el Servicio de Protección y Atención a la Infancia del Ayuntamiento de Badajoz, España. Del total de niños en situación de desprotección infantil, 168 padecían la forma de maltrato infantil denominada abandono físico, y los 12 restantes eran objeto de abandono emocional, tal como se ve en la Tabla 1.

Tabla 1. Frecuencia de familias y menores según tipologías de maltrato infantil.

Forma de maltrato	Familias (N=107)	Menores (N=256)
Maltrato físico	12 (11.2%)	19 (7.4%)
Maltrato emocional	18 (16.8%)	40 (15.6%)
Abandono físico	57 (53.3%)	168 (65.6%)
Abandono emocional	7 (6.5%)	12 (4.6%)
Abuso sexual	3 (2.8%)	4 (1.5%)
Explotación laboral	1 (0.9%)	1 (0.4%)
Incapacidad de control	9 (8.4%)	12 (4.6%)

Fuente: Servicio de Protección y Atención a la Infancia del Ayuntamiento de Badajoz, España.

Instrumentos

Los instrumentos de evaluación aplicados fueron entrevistas semiestructuradas, observación y análisis de documentos.

Se elaboraron varios instrumentos específicos para la detección y evaluación de las situaciones de abandono físico y abandono emocional, utilizando para ello el documento técnico del Ministerio de Asuntos Sociales.

Inicialmente, se confeccionó un documento para la notificación de situaciones de desprotección infantil fácil de llenar para el notificante; lo más relevante es que contiene una amplia gama de indicadores o manifestaciones de los distintos tipos de maltrato infantil que se pueden observar en un menor maltratado. Con este instrumento se pretendía que el profesional, al detectar una situación de desprotección infantil, pudiese notificarlo de una manera ágil y sencilla, y a la vez proporcionar al receptor de la demanda información inicial importante.

También se diseñó una entrevista semiestructurada familiar y un análisis funcional para menores, los que permiten evaluar datos relativos al incidente de maltrato (tipo, severidad y demás), composición de la unidad familiar, antecedentes personales en relación al menor, situación económica, nivel educativo-cultural y situación laboral de los padres o cuidadores, características de la vivienda y el barrio de residencia, organización y economía doméstica, relaciones con la familia extensa, relaciones de pareja y otros.

La entrevista familiar se llevó a cabo en el domicilio familiar, y siempre que fue posible, con todos los miembros de la unidad familiar; la entrevista con los menores se realizó en el servicio social de base o en el centro escolar.

La observación del menor en el domicilio y de la interacción entre los miembros de la unidad familiar y, en general, del entorno familiar, se hizo a través de más de una persona en el domicilio familiar y en distintos momentos, con y sin previo aviso.

Asimismo, se analizaron todos aquellos documentos que pudieran aportar alguna información acerca del menor y de la familia; por tanto, en aquellas situaciones de desprotección infantil en las que se consideró necesario, se revisaron expedientes e informes escolares, procesos judiciales, informes policiales y de salud mental, reportes médicos y varios más.

Ocasionalmente, y a criterio del personal técnico, se utilizaron algunas pruebas estandarizadas: Escalas de Observación acerca del Nivel de Cuidado recibido por el Niño, adaptación española de las Child Well-Being Scales (CWBS) de Magura y Moses (1986); Sintomatología Depresiva en Adultos, versión española del Beck Depression Inven-

tory (BDI), de Beck, Ward, Mendelson, Mock y Erbaugh (1961); asimismo, la Escala de Satisfacción Familiar por Adjetivos (ESFA), de Barraca y López-Yarto (1997); el Cuestionario de Autocontrol Infantil y Adolescente (CACIA), de Capafóns y Silva (1986); la Escala de Depresión para Niños (CDS), de Lang y Tisher (1986); el Test Autoevaluativo Multifactorial de Adaptación Infantil (TAMAI), de Hernández (1990) y el Cuestionario de Aserción en la Pareja (ASPA), de Carrasco (1996).

Procedimiento

En primer lugar, se utilizaron en este estudio estadísticas descriptivas para determinar la incidencia de cada una de las variables en las muestras de abandono físico y abandono emocional, así como la frecuencia de indicadores o manifestaciones en las dos tipologías.

En segundo lugar, se efectuó un análisis comparativo entre las dos muestras de maltrato infantil para determinar si había diferencias significativas entre ambas en relación a las variables estudiadas. El análisis inferencial se realizó a través de la prueba de Kolmogorov-Smirnov para dos muestras independientes.

Tanto las variables como los criterios operativos (indicadores y manifestaciones) para la detección de menores en situación de desprotección analizados se incluyen dentro del programa para la mejora del Sistema de Atención Social a la Infancia (SASI) del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, para la detección, notificación, investigación y evaluación de situaciones de maltrato infantil (Arruabarrena, De Paúl y Torrès, 1996). Estas son las siguientes:

V.1. Situación económica de la familia; V.2. Relaciones con la familia extensa; V.3. Salud mental de los progenitores; V.4. Sucesos o situaciones estresantes para la familia; V.5. Características del barrio de residencia; V.6. Relaciones sociales menores; V.7. Relaciones de pareja; V.8. Realización de las tareas domésticas; V.9. Relaciones entre hermanos; V.10. Hábitos de crianza, atención y cuidados al menor; V.11. Relaciones sociales de los progenitores; V.12. Relaciones con los Servicios Sociales; V.13. Nivel educativo cultural de los progenitores; V.14. Toxicomanías en los progenitores;

V.15. Situación laboral de los progenitores; V.16. Condiciones de la vivienda donde habita la familia; V.17. Antecedentes parentales de los progenitores; V.18. Figuras parentales, y V.19. Salud y bienestar físico de los progenitores.

RESULTADOS

En la Tabla 2 se resumen algunas de las características de las muestras de abandono físico y abandono emocional más significativas.

Tabla 2. Características de la muestra de abandono físico y abandono emocional.

Característica	Abandono físico	Abandono emocional
Maltrato infantil asociado a la tipología predominante.	Abandono emocional: 35%	Abandono físico: 43%
Abusador/causante del daño.	Ambos cuidadores/progenitores: 61.4%	Ambos cuidadores/progenitores: 43%
Situación conyugal del progenitor/cuidador.	Matrimonio: 40.3%	Unión consensuada: 57%
Datos relativos a la edad de los progenitores/cuidadores.	Madre: 34.6% (30-34) Padre: 37.6% (35-39)	Madre: 38.6% (35-39) Padre: 38% (35-39)
Expediente anterior en Servicios Sociales.	Por el mismo motivo: 35%	Por el mismo motivo: 14.3%
Menores maltratados según edad.	Niños 0-4 años: 32.8%	Niños 0-4 años: 33%

Una tercera parte de los expedientes familiares de abandono físico tienen asociados el abandono emocional, y cuatro expedientes de cada diez de abandono emocional manifiestan abandono físico. En casi las dos terceras partes de abandono físico, son ambos padres/cuidadores los perpetradores del abuso, de manera similar a lo que ocurre en el abandono emocional. Se pudo constatar que durante el período de edad comprendido entre los 0 y los 4 años las tipologías de maltrato infantil detectadas en mayor medida son, en una proporción casi idéntica, los dos tipos de abandono. En cuanto a la situación conyugal de los progenitores/cuidadores, en el abandono físico destaca el matrimonio como

situación conyugal más frecuente, y en el abandono emocional tal situación es la unión consensuada.

La edad media de la madre en el abandono emocional osciló entre los 38 y 39 años; en cambio, la media de edad de la madre en el abandono físico fue inferior. De la misma manera, la media de edad del padre en el abandono físico y abandono emocional se ubicó entre los 37 y 38 años.

En los expedientes familiares de abandono físico en los Servicios Sociales se hallaron antecedentes de indicadores y manifestaciones de las dos tipologías de maltrato infantil por el mismo motivo, así como de abandono emocional, los que se resumen en la Tabla 3.

Tabla 3. Indicadores y manifestaciones del abandono físico y abandono emocional.

Indicadores y manifestaciones	Abandono físico	Abandono emocional
Críticas constantes	29.8%	57.1%
Miedos ante situaciones cotidianas	-	42.8%
Mucho tiempo solo, sin supervisión	96.5%	
Desigualdad en el trato a los hijos	-	57.1%
Llamadas constantes de atención	-	42.8%
Desestructuración y ruptura familiar	-	42.8%
Familia aislada y escaso apoyo social	47.3%	71.4%
Aspecto desnutrido, pide alimento	54.3%	-
Aspecto descuidado, falta de higiene	92.9%	57.1%
Falta de vacunas y revisiones médicas	61.4%	-
Faltas al colegio y escaso interés familiar	78.9%	42.8%
Realización excesiva de tareas familiares	54.3%	42.8%
Vida caótica en el hogar	50.8%	-
Indiferencia ante las señales del menor	38.6%	85.7%
Ausencia de interacciones afectivas	38.6%	85.7%

En la tabla se aprecia que en la muestra de abandono físico las manifestaciones más destacables son que el menor pasa mucho tiempo solo y sin supervisión, su aspecto descuidado y falta de higiene y el absentismo escolar, dato que se constata a través del escaso interés de los cuidadores/progenitores por la escolarización del menor.

En cuanto a la muestra de abandono emocional, se comprobó que, al igual que en el abandono físico, el indicador de desprotección más frecuente fue la falta de supervisión del niño. Eso explica que en el 43% de los expedientes de abandono emocional se asocie al abandono físico. Algunos de los indica-

dores de abandono emocional más frecuentes fueron la indiferencia del cuidador ante las señales de atención del menor, la ausencia de interacciones afectivas, el aislamiento familiar y la escasez de apoyo social.

En la Tabla 5 se muestran los resultados del análisis de frecuencias efectuado sobre las variables estudiadas en las muestras de abandono físico y abandono emocional.

A continuación, en la Tabla 6, se presentan los resultados de la prueba de Kolmogorov-Smirnov para dos muestras independientes, en la que se comparan las variables analizadas entre las muestras de abandono físico y abandono emocional.

Tabla 5. Resultados de las variables analizadas en las muestras de abandono físico y abandono emocional.

Variables	Abandono físico	Abandono emocional
V1. Situación económica familiar	40.4%, suficiente	43%, suficiente
V2. Relaciones con la familia extensa	58%, inestables	43%, inestables
V3. Salud mental de los cuidadores	80.7%, adecuada	100%, adecuada
V4. Sucesos estresantes para la familia	57.8%, ninguno	42.8%, ninguno
V5. Características del barrio	40.4%, deficientes	57%, deficientes
V6. Relaciones sociales de los menores	58.6%, adecuadas	66.6%, positivas
V7. Relaciones de pareja	50%, altibajos	80%, altibajos
V8. Realización de tareas domésticas	47.3%, un miembro	42.8%, inadecuadas
V9. Relaciones entre los hermanos	87%, positivas	60%, positivas
V10. Hábitos de crianza y atención	43.9%, negativos	71.4%, negativos
V11. Relaciones sociales de los cuidadores	47.4%, irregulares	57.1%, irregulares
V12. Relaciones con Servicios Sociales	35.1%, autónomos	42.8 autónomos
V13. Nivel educativo-cultural	31.6%, bajo	57.1%, medio/bajo
V14. Toxicomanías en los cuidadores	75.4%, ninguna	71.4%, ninguna
V15. Situación laboral de los cuidadores	79%, eventuales	42.8%, eventuales
V16. Condiciones de la vivienda	80.7%, inadecuadas	42.8%, inadecuadas
V17. Antecedentes parentales	61.4%, inapropiados	85.7%, inapropiados
V18. Figuras parentales	66.6%, mínima	57.1%, mínima
V19. Salud y bienestar físico	87.7%, buena	85.7%, buena

Tabla 6. Prueba de Kolmogorov-Smirnov para dos muestras independientes.

Variables	Abandono físico- Abandono emocional
V1. Situación económica familiar	0.998
V2. Relaciones con la familia extensa	1.000
V3. Salud mental de los cuidadores	0.974
V4. Sucesos estresantes para la familia	0.977
V5. Características del barrio	0.992
V6. Relaciones sociales de los menores	0.569
V7. Relaciones de pareja	0.965
V8. Realización de las tareas domésticas	0.983
V9. Relaciones entre los hermanos	0.466
V10. Hábitos de crianza y atención	0.781
V11. Relaciones sociales de los cuidadores	0.902
V12. Relaciones con los Servicios Sociales	1.000
V13. Nivel educativo-cultural	0.366
V14. Toxicomanías en los cuidadores	0.974
V15. Situación laboral de los cuidadores	0.761
V16. Condiciones de la vivienda	0.934
V17. Antecedentes parentales	0.563
V18. Figuras parentales	1.000
V19. Salud y bienestar físico	1.000

A partir de los datos de la tabla anterior, no se observan diferencias significativas entre las dos muestras de maltrato infantil analizadas en ninguna de las diecinueve variables objeto de estudio.

DISCUSIÓN

De acuerdo a los resultados obtenidos en la presente investigación, es necesario resaltar la ausencia de diferencias significativas entre las muestras de abandono físico y abandono emocional en las variables sometidas a análisis.

La salud mental de los padres o cuidadores en las muestras de abandono físico y abandono emocional es adecuada, no existiendo indicios de trastorno o problema psicopatológico en ellos; es decir, no se obtuvo información que sugiriera la presencia de alguna dificultad psicológica que pudiera limitar su capacidad para funcionar adaptativamente en las distintas esferas de su vida y para atender adecuadamente a los menores a su cargo.

Este dato contrasta con algunos estudios que argumentan la importancia del grado de psicopatología parental en el abandono físico (Black y cols., 2001; Critenden, 1993), aunque en la práctica sólo se han confirmado casos referidos a la presencia de retraso mental o coeficiente intelectual limítrofe en al menos uno de los progenitores o cuidadores, generalmente en las madres (Factor y Wolfe, 1990; Polansky y cols., 1972; Tymchuc y Andron, 1990).

Existen numerosos estudios que coinciden en que no se observa ningún patrón de personalidad en los padres que maltratan a sus hijos (Chaffin, Kelleher y Hollenberg, 1996; Pianta, Egeland y Erickson, 1989), si bien algunos datos relacionan el maltrato infantil con la depresión y ansiedad en los padres (Éthier, Lacharité y Couture, 1995; Heyman y Smith, 2001; Zuravin, 1988).

Respecto a la salud física de los cuidadores, no se aprecian datos significativos ni diferencias entre las dos formas de maltrato infantil estudiadas. Lo habitual es que los cuidadores no tengan problemas físicos que les impidan atender adecuadamente las necesidades de los niños a su cargo, ni les imposibilite llevar a cabo las actividades básicas de la vida diaria.

En cuanto a las toxicomanías probables de los cuidadores, en las muestras de abandono físico y abandono emocional no hubo consumo de drogas

y alcohol ni historia previa de abuso o dependencia en ninguno de los responsables. Este dato contrasta con las investigaciones de Kelleher, Chaffin, Holenberg y Fischer (1994), Peterson, Gable y Saldana (1996), Bernstein, Stein y Handelsman (1998) y Johnson (2002), que informan de unas tasas elevadas de desórdenes por consumo de drogas en los padres negligentes. En un estudio realizado por Famularo, Kinscherff y Fenton (1992) sobre la relación entre el alcoholismo y consumo de drogas de los padres y los diferentes tipos de maltrato infantil, se halló que el consumo de alcohol era la mejor variable predictora del maltrato físico. En el resto de las tipologías no quedó demostrada la influencia del consumo de sustancias tóxicas. Chaffin y cols. (1996), por su parte, encontraron que el consumo de drogas predice a un nivel estadísticamente significativo el abandono físico infantil. Esta información contrasta considerablemente con lo hallado en el presente estudio.

En cuanto a la variable relativa a la realización de las tareas domésticas, puede concluirse que en las familias con menores en situación de abandono físico y abandono emocional no existe ninguna organización para llevar a cabo y repartir las tareas domésticas, las que son realizadas básicamente por uno de los miembros de la unidad familiar, que normalmente es uno de los menores. Estos datos se asemejan a los resultados obtenidos por Crittenden (1988, 1993) en su estudio con familias negligentes. Este autor observó que en tales familias ningún miembro adulto asume la responsabilidad en las tareas de organización doméstica.

Respecto de las condiciones de la vivienda donde habita la unidad familiar, los resultados confirman que en las familias con niños en situación de abandono físico y abandono emocional hay un riesgo significativo de perder la vivienda. Prácticamente en todas las familias de ambas muestras, el espacio de la vivienda era escaso (hacinamiento), en la mayoría de las viviendas faltaban varios servicios y equipamientos relevantes (agua caliente, mobiliario, bañera o ducha), y la seguridad e higiene era deficitaria. En relación al riesgo de que las familias maltratadoras pudiesen perder su vivienda, autores como Coulton, Korbin, Su y Chow (1995) y Gold y Hauser (1998) comprobaron que la inestabilidad residencial se relaciona significativamente con el maltrato infantil,

aunque no mencionan diferencias significativas entre sus distintos tipos. En dicho sentido, en este trabajo se observó la incidencia de tal inestabilidad en las muestras de abandono físico y abandono emocional.

En lo tocante a las características de los barrios donde residían las familias, se constató que había en ellos deficiencias moderadas. En general, eran relativamente seguros y habitables, aunque muchos de ellos no disponían de ciertos servicios y equipamientos importantes, como centros de salud, centros escolares y otros, pese a que Garbarino y Kostelny (1992) confirmaron que la desorganización de la comunidad y la falta de coherencia social caracterizan a las áreas con un riesgo más alto de maltrato infantil. Coulton y cols. (1995) y Fryer y Miyoshi (1996) también hallaron relación entre las condiciones negativas del vecindario y el maltrato infantil como consecuencia de la concentración de la pobreza en determinadas zonas.

En las muestras de abandono físico y abandono emocional, las relaciones sociales de los menores con otros niños de su edad eran adecuadas e incluso muy positivas. Habitualmente, los padres conocían a las amistades de sus hijos y consideraban que éstas no suponían una influencia negativa en el comportamiento de aquéllos.

Las relaciones de pareja en las dos muestras analizadas mostraban altibajos, con momentos de conflicto importantes (sin violencia física o psíquica) y períodos positivos de convivencia. Se pudo comprobar que la percepción que cada miembro tenía del otro variaba en consonancia con esos altibajos en la relación. Asimismo, se apreciaron dificultades en la comunicación de la pareja, y había un desequilibrio notable del poder en la relación. Estos datos coinciden con los que sugiere Belsky (1993).

Las relaciones fraternales en las dos formas de maltrato por omisión estudiadas eran positivas en lo esencial. Los conflictos entre los hermanos estaban dentro de los límites normales, la comunicación era básicamente positiva e incluso los hermanos realizaban alguna que otra actividad conjunta.

En cuanto a la situación económica familiar, tanto en la muestra de abandono físico como en la de abandono emocional los ingresos alcanzaban habitualmente para cubrir las necesidades básicas de los miembros de las familias, aunque padecían una relativa desventaja económica. De hecho,

se pudo apreciar la existencia de una falta de previsión al momento de planificar los gastos, lo que en ocasiones llevaba a las familias a no poder satisfacer de una manera adecuada las necesidades más elementales de los niños dado que priorizaban otros gastos irrelevantes. Estos datos se asemejan a lo hallado por Knutson (1995), Gold y Hauser (1998) y Chance y Scannapieco (2002), quienes sugieren que, si bien la desventaja económica parece ser un factor de riesgo del maltrato infantil, un gran número de niños que pertenecen a familias pobres no son maltratados, y consideran que el maltrato infantil se produce con independencia de la clase social, aunque se encuentra sobrerrepresentado en las clases más bajas debido a la mayor vigilancia de las familias pobres por parte de los Servicios Sociales.

Respecto de la variable relativa a las situaciones o sucesos estresantes para la familia, los resultados no aportan ninguna información lo suficientemente relevante en cuanto al abandono físico y el abandono emocional. Por lo general, se observó que las familias no habían sufrido ningún acontecimiento estresante en el último año que hubiera supuesto un grave estrés para sus miembros; si hubiera habido algún suceso estresante, éste no afectó significativamente la capacidad de los miembros para funcionar adaptativamente. Este dato contrasta con los estudios de Cicchetti y Rizley (1981), quienes consideran que entre los factores potenciadores transitorios del maltrato infantil se encuentran las condiciones y factores de estrés a los que tienen que hacer frente estas familias en un determinado momento. Asimismo, autores como Hillson y Kuiper (1994) y Black y cols. (2001) sugieren que las estrategias de afrontamiento del estrés pueden desempeñar un papel fundamental en la determinación de algunas formas de maltrato infantil.

En cuanto a los antecedentes parentales, se pudo confirmar la incidencia de esta variable en las muestras de abandono físico y abandono emocional. Los responsables de estos niños habían sido objeto de situaciones de desprotección en su infancia, siendo el modelo parental muy inapropiado, hallazgo que puede apoyarse en los modelos explicativos basados en la transmisión intergeneracional del ciclo de maltrato, esto es, en la teorías del apego de Bowlby (1983) y del aprendizaje

social de Wolfe (1985). Autores como Kaufman y Zigler (1989) han llegado a la conclusión de que la tasa de transmisión intergeneracional se sitúa entre el 25 y el 35%. Por su parte, Browne y Linch (1995) concluyen que la tasa de padres que manifiestan haber sido víctimas durante su infancia de malos tratos oscila entre un 30 y 60%. Belsky (1993), a su vez, señala que es el historial previo de crianza de los padres lo que condiciona su estilo interactivo con sus hijos, el método de disciplina, el conocimiento acerca del desarrollo infantil y, en general, el cuidado y atención que proporcionan a estos. Ello explicaría los presentes resultados en los casos de abandono físico y emocional.

Numerosos autores estiman que lo que marca la diferencia entre los niños maltratados que se convierten en adultos maltratadores y los que no lo hacen, es el apoyo social y emocional recibido de otras personas, y esta circunstancia se convierte en una variable moduladora o un factor de protección capaz de romper con el ciclo de maltrato (Belsky, 1993; Britner y Reppucci, 1997; De Paúl y cols., 1995; Litty, Kowalsky y Minor, 1996; Thompson y Wyatt, 1999). Lo anterior podría explicar el hecho de que en los progenitores o cuidadores de las muestras de abandono físico y abandono emocional, al no contar con una red de apoyo social y familiar adecuada, no rompieran el ciclo de transmisión intergeneracional.

En lo concerniente a la variable de figuras parentales, fue posible comprobar que, en las dos tipologías de maltrato infantil, los cuidadores asumían una mínima responsabilidad en relación a los menores, por lo que no se apreciaron diferencias significativas entre ambas.

De igual manera, es generalmente la madre/cuidadora la encargada del cuidado y atención del menor en la mayoría de los casos, asumiendo el padre/cuidador una mínima responsabilidad en el cuidado y atención de los menores. Esto hace que el responsable de tales cuidados experimente sentimientos de soledad y aislamiento, y más aún cuando la red de apoyo familiar y social es escasa y poco receptiva, como ya se vio anteriormente al analizar las relaciones con la familia extensa y las relaciones sociales de los cuidadores o progenitores.

Por tanto, los resultados de este estudio se relacionan con los hallados por Polansky (1985)

y Crittenden (1988), puesto que estos autores afirman que tales madres se encuentran objetivamente aisladas y subjetivamente solas.

En relación con el nivel educativo-cultural, los datos sugieren que los cuidadores con menores en situación de abandono físico y abandono emocional no han cursado estudios o estos son muy elementales, por lo que es bajo el nivel cultural de los responsables del menor. Esa escasez de formación les lleva a mostrar cierta indiferencia y desinterés respecto de la educación de los menores a su cargo. En efecto, casi las tres cuartas partes de las familias negligentes habían completado únicamente octavo de EGB, y un número importante de ellas no sabía leer o escribir o tenía únicamente conocimientos mínimos. Tales resultados coinciden con los hallados en las investigaciones de Crittenden (1988), Britner y Reppucci (1997) y Zolotor, Kotch, Duford y cols. (1999).

En cuanto a la situación laboral, los datos encontrados señalan que en los casos de abandono físico y abandono emocional ambos progenitores o cuidadores carecían de empleo estable, aunque tenían trabajos eventuales. El grado de insatisfacción laboral de estos sujetos con su situación era muy elevado, y la actividad laboral que desempeñaban habitualmente tenía un marcado carácter ilegal y marginal. A este respecto, es decir, la influencia del ámbito laboral de los responsables en la desprotección infantil, existen numerosas referencias similares. Ya en 1970, Gil, desde el modelo sociológico, concluía que la mitad de los padres de las familias detectadas como maltratadoras había experimentado una situación de desempleo en el último año. Más tarde, investigaciones llevadas a cabo por De Paúl, Alzate, Ortiz, Echeberría y Arruabarrena (1988), Fryer y Miyoshi (1996) y Higgins y McCabe (2001) confirman este mismo dato. En el primer caso, el 46.7% de tales familias se encontraba en situación de paro.

Belsky (1993) propone que el desempleo, debido a los apuros económicos y a la pérdida de estima que ocasiona, es un factor común en el maltrato infantil, al igual que la insatisfacción laboral, y Coulton y cols. (1995), Nelson, Mitrani y Szapocznik (2000) y Heyman y Smith (2001) comprueban que hay una relación significativa entre el desempleo y el maltrato infantil.

En lo relativo a los hábitos de crianza, atención y cuidados al menor, en las muestras de abandono físico y abandono emocional los cuidadores no tenían una conciencia clara acerca de las necesidades físicas y afectivas de los menores; la percepción acerca de los mismos era básicamente negativa, e inapropiadas las expectativas respecto a los menores; la comunicación entre cuidadores y menores era deficitaria; se apreció confusión en cuanto a los roles en la estructura familiar; los cuidadores apenas pasaban tiempo con los menores, siendo las interacciones mínimas e inconsistentes, y la atención ellos era prácticamente nula, al igual que la expresividad de sentimientos positivos y la verbal. Esto coincide con lo hallado en los estudios de Gaudin, Polansky, Kilpatrick y Shilton (1996), Cerezo (1997) y Offer-Schechter, Tirosh y Cohen (2000), que tuvieron por objeto analizar y comparar la estructura y los procesos de las familias negligentes con las no negligentes que vivían en situaciones similares.

En distintas investigaciones sobre maltrato físico infantil se comprueba que los hábitos de crianza, atención y cuidados al menor son muy similares a los del abandono físico y emocional. Estos padres o cuidadores apoyan menos a sus hijos; tienen menos conductas positivas, tales como enseñarles, jugar con ellos, hablarles y reforzarlos (Trickett y Susman, 1988), y más conductas negativas o aversivas (Whipple y Webster-Stratton, 1991). Asimismo, responden menos a las iniciativas de los niños, les expresan menos afecto (Black y cols., 2001; Kavanagh, Youngblade, Reid y Fagot, 1988) y muestran una mayor inconsistencia en las interacciones (Cerezo y D'Ocon, 1995).

Los datos relativos a las relaciones con la familia extensa indican que en las familias con menores en situación de abandono físico y abandono emocional las relaciones atraviesan periodos de conflicto importantes, y que éstas son una fuente habitual de tensión para los miembros de la unidad familiar. Ello genera que los progenitores o cuidadores no recurran normalmente a la familia extensa en busca de apoyo o de ayuda, puesto que la respuesta de ésta es frecuentemente negativa, lo que provoca que en ocasiones los cuidadores respondan inadecuadamente a las deman-

das de los miembros más pequeños de la unidad familiar porque no cuentan con el apoyo de la familia extensa cuando la necesitan (por ejemplo, la supervisión del menor durante un corto período de tiempo). Otra variable relacional analizada, que también informa de la red de apoyo de que dispone la familia, son las relaciones sociales de los cuidadores. Aquí se pudo comprobar que en el abandono físico y el emocional los contactos y relaciones sociales de los cuidadores con algunos vecinos o amigos eran irregulares; por un lado, la disponibilidad de estos como fuente de apoyo y ayuda a la familia era escasa, y por otro lado los cuidadores tendían a mostrarse reticentes al momento de pedir ayuda a otras personas en su entorno inmediato. También fue posible observar que los amigos de ambos progenitores o cuidadores eran escasos y que rara vez se reunían con ellos.

Respecto de las dos variables mencionadas anteriormente —las relaciones con la familia extensa y las relaciones sociales de los cuidadores/progenitores—, la mayoría de los autores reconocen que el apoyo social influye directa e indirectamente en el bienestar físico y psicológico de los miembros de la unidad familiar. Uno de los factores que se ha identificado con mayor frecuencia en las revisiones teóricas y empíricas sobre las causas del maltrato infantil es el aislamiento social (Belsky, 1993; Black y cols., 2001; Cameron, 1990; Ezzell, Swenson y Faldowski, 1999; Fryer y Miyoshi, 1996; McCurdy, 2001; Tzeg, Jackson y Karlson, 1992).

En este estudio, al igual que en el de Coohy (1996), los padres negligentes mantenían menos contactos con los miembros de su red social; percibían que sus miembros estaban menos dispuestos a apoyarles y, de hecho, recibían menos apoyo y ayuda instrumental y emocional por parte de los miembros de su entramado social, existiendo conexiones sociales deficitarias.

Por último, en lo tocante a las relaciones de la familia con los Servicios Sociales, las familias eran generalmente autónomas, aunque en su mayoría habían requerido en algún momento la intervención de dichos Servicios Sociales para afrontar alguna situación dificultosa o problemática.

REFERENCIAS

- Arruabarrena, M.I. y De Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia. Evaluación y tratamiento*. Madrid: Pirámide.
- Arruabarrena, M.I., De Paúl, J. y Torrès, B. (1996). *El maltrato infantil: detección, notificación, investigación y evaluación. Programa para la mejora del sistema de atención social a la infancia (SAST)*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Barraca, J. y López-Yarto, L. (1997). *Escala de Satisfacción Familiar por Adjetivos (ESFA)*. Madrid: TEA.
- Beck, A.T., Ward, D.H., Mendelson, M., Mock, J. y Erbaugh, J. (1961). An inventory for measuring depression. *Archives of General Psychiatry*, 4: 53-63.
- Belsky, J. (1993). Etiology of child maltreatment: a developmental-ecological analysis. *Psychological Bulletin*, 114: 413-434.
- Bernstein, D.P., Stein, J.A. y Handelsman, L. (1998). Predicting personality pathology among adult patients with substance use disorders. *Addictive Behaviors*, 23(6): 855-868.
- Black, D.A., Heyman, R.E. y Smith, A.M. (2001). Risk factors for child physical abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 6(2-3): 121-188.
- Bowlby, J. (1983). *La pérdida afectiva*. Barcelona: Paidós.
- Britner, P.A. y Reppucci, N.D. (1997). Prevention of child maltreatment: evaluation of a parent education program for teen mothers. *Journal of Child and Family Studies*, 6(2): 165-175.
- Browne, K.D. y Linch, M. (1995). Child abuse and its modes of transmission. *Child Abuse Review*, 4: 1-3.
- Cameron, G. (1990). The potential of informal social support strategies in child welfare. En M. Rothery y G. Cameron (Eds.): *Child maltreatment: Expanding our concept of helping* (pp.145-167). Hillsdale (NJ): Lawrence Erlbaum.
- Cantón, J. y Cortés, M.A. (1997). *Malos tratos y abuso sexual infantil*. Madrid: Siglo XXI.
- Capafóns, A. y Silva, F. (1986). *Cuestionario de Autocontrol Infantil y Adolescente (CACIA)*. Madrid: TEA.
- Carrasco, M.J. (1996). *Cuestionario de Aserción en la Pareja (ASPA)*. Madrid: TEA.
- Cerezo, M.A. (1997). Abusive family interaction: a review. *Aggression and Violent Behavior*, 2(3): 215-240.
- Cerezo, M.A. y D'Ocon, A. (1995). Maternal inconsistent socialization: an interactional pattern with maltreated children. *Child Abuse Review*, 4: 14-31.
- Cicchetti, D. y Rizley, R. (1981). Developmental perspectives on the etiology, intergenerational transmission, and sequels of child maltreatment. *New Directions for Child Development*, 11: 31-55.
- Coohey, C. (1996). Child maltreatment: testing the social isolation hypothesis. *Child Abuse and Neglect*, 20: 241-254.
- Coulton, C., Korbin, J., Su, M. y Chow, J. (1995). Community level factors and child maltreatment rates. *Child Development*, 66: 1262-1276.
- Crittenden, P. (1988). Family and dyadic patterns of functioning in maltreating families. En K. Browne, C. Davies y J. Stratton (Eds.): *Early prediction and prevention of child abuse* (pp.161-189). London: John Wiley & Sons, Ltd.
- Chaffin, M., Kelleher, K. y Hollenberg, J. (1996). Onset of physical abuse and neglect: psychiatric, substance abuse, and social risk factors from prospective community data. *Child Abuse and Neglect*, 20: 191-203.
- Chance, T. y Scannapieco, M. (2002). Ecological correlates of child maltreatment: similarities and differences between child fatality and nonfatality cases. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 19(2): 139-161.
- De Paúl, J., Alzate, R., Ortiz, M.J., Echeberría, A. y Arruabarrena, M.I. (1988). *Maltrato y abandono infantil: identificación de factores de riesgo*. Vitoria-Gasteiz: Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- De Paúl, J., Milner, J. y Múgica, P. (1995). Childhood maltreatment, childhood social support, and child abuse potential in a Vasque sample. *Child Abuse and Neglect*, 19: 907-920.
- Dubowitz, H., Black, M., Starr, R.H. y Zuravin, S. (1993). A conceptual definition of child neglect. *Criminal Justice and Behavior*, 20: 8-27.
- Éthier, L.S., Lacharité, C. y Couture, G. (1995). Childhood adversity, parental stress, and depression of negligent mothers. *Child Abuse and Neglect*, 19: 619-632.
- Ezzell, C.E., Swenson, C.C. y Faldowski, R.A. (1999). Child, family and case characteristics: links with service utilization in physically abused children. *Journal of Child and Family Studies*, 8(3): 271-284.
- Factor, D.C. y Wolfe, D.A. (1990). Parental psychopathology and high-risk children. En R.T. Ammerman y M. Hersen (Eds.): *Children at risk. An evaluation of factors contributing to child abuse and neglect*. New York: Plenum Press.
- Famularo, R., Kinscherff, R. y Fenton, T. (1992). Parental substance abuse and the nature of child maltreatment. *Child Abuse and Neglect*, 16: 475-483.
- Fryer, G.E. y Miyoshi, T.J. (1996). The role of the environment in the etiology of child maltreatment. *Aggression and Violent Behavior*, 1(4): 317-326.

- Garbarino, J. (1986). Can we measure success in preventing child abuse? Issues and policies programs in research. *Child Abuse and Neglect*, 10: 140-156.
- Garbarino, J. y Kostelny, K. (1992). Child maltreatment as a community problem. *Child Abuse and Neglect*, 16: 455-464.
- Gaudin, J.M., Polansky, N.A., Kilpatrick, A.C. y Shilton, P. (1996). Family functioning in neglectful families. *Child Abuse and Neglect*, 20: 363-377.
- Gaudin, J.M. (1993). Effective intervention with neglectful families. *Criminal Justice and Behavior*, 20: 66-89.
- Gil, D.G. (1970). *Violence against children*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gold, J.M. y Hauser, S.K. (1998). Homeless families: a treatment outcome study. *International Journal of the Advancement of Counseling*, 20(2): 87-93.
- Hernández, P. (1990). *Test Autoevaluativo Multifactorial de Adaptación infantil (TAMAI)*. Madrid: TEA.
- Heyman, R.E. y Smith, A.M. (2001). Risk factors for family violence: Introduction to the special series. *Aggressions and Violent Behavior*, 6(2-3): 115-119.
- Higgins, D.J. y McCabe, M.P. (2001). Multiple forms of child abuse and neglect: Adult retrospective reports. *Aggression and Violent Behavior*, 6(6): 547-578.
- Hillson, J.M. y Kuiper, N.A. (1994). A stress and coping model of child maltreatment. *Clinical Psychology Review*, 14: 261-285.
- Inglés, A. (1991). *El maltrato infantil en Cataluña. Estudio global y balance de la situación actual*. Documento inédito. Barcelona: Departamento de Bienestar Social de la Dirección General de Atención a la Infancia. Generalitat de Cataluña.
- Jiménez, J., Moreno, M.C., Oliva, A., Palacios, J. y Saldaña, D. (1995). *El maltrato infantil en Andalucía*. Sevilla: Consejería de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Johnson, P. (2002). Predictors of family functioning within alcoholic families. *Contemporary Family Therapy*, 24(2): 371-384.
- Kaufman, J. y Zigler, E. (1989). The intergenerational transmission of child abuse. En D. Cicchetti y V. Carlson Eds.): *Child maltreatment: theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect* (pp. 129-150). Cambridge: Cambridge University Press.
- Kavanagh, K.A., Youngblade, L., Reid, J.B. y Fagot, B.I. (1988). Interactions between children and abusive versus control parents. *Journal of Clinical Child Psychology*, 17: 137-142.
- Kelleher, K., Chaffin, M., Hollenberg, J. y Fischer, E. (1994). Alcohol and drug disorders among physically abusive and neglectful parents in a community-based sample. *American Journal of Public Health*, 84: 1586-1590.
- Knutson, J.F. (1995). Psychological characteristics of maltreated children: putative risk factors and consequences. *Annual Review of Psychology*, 46: 401-431.
- Lang M. y Tisher, M. (1986). *Escala de Depresión para Niños (CDS)*. Madrid: TEA.
- Litty, C., Kowalski, R. y Minor, S. (1996). Moderating effects of physical abuse and perceived social support on the potential to abuse. *Child Abuse and Neglect*, 20: 305-314.
- Magura, S. y Moses, B.S. (1986). *Outcome measures for child welfare services: Theory and applications*. Washington D.C.: Child Welfare League of America.
- Martínez, A. y De Paúl, J. (1993). *Maltrato y abandono en la infancia*. Barcelona: Martínez Roca.
- McCurdy, K. (2001). Can home visitation enhance maternal social support? *American Journal of Community Psychology*, 29(1): 97-112.
- Moreno, J.M. (2002). *Maltrato infantil. Teoría e investigación*. Madrid: EOS.
- Nelson, R.H., Mitrani, V.B. y Szapocznik, J. (2000). Applying a family-ecosystemic model to reunite a family separated due to child abuse: a case study. *Contemporary Family Therapy*, 22(2): 125-146.
- Offer-Shechter, S., Tirosh, E. y Cohen, A. (2000). Physical abuse – physicians knowledge and reporting attitude in Israel. *European Journal of Epidemiology*, 16(1): 53-58.
- Peterson, L., Gable, S. y Saldana, L. (1996). Treatment of maternal addiction to prevent child abuse and neglect. *Addictive Behaviors*, 21(6): 789-801.
- Pianta, R., Egeland, B. y Erickson, M.F. (1989). The antecedents of maltreatment: results of the mother-child interaction research project. En D. Cicchetti y V. Carlson (Comps.): *Child maltreatment: theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect* (pp. 203-253). Cambridge: Cambridge University Press.
- Polansky, N.A. (1985). Determinants of loneliness among neglectful and other low-income mothers. *Journal of Social Service Research*, 8: 1-15.
- Polansky, N.A., De Saix, C. y Sharlin, S.A. (1972). *Child neglect. Understanding and reaching the parent*. Washington D.C.: Child Welfare League of America.
- Polansky, N.A., Gaudin, J.M., Ammons, P.W. y Davis, K.B. (1985). The psychological ecology of the neglectful mother. *Child Abuse and Neglect*, 9: 265-275.

- Saldaña, D., Jiménez, J. y Oliva, A. (1995). El maltrato infantil en España: un estudio a través de los expedientes de menores. *Infancia y Aprendizaje*, 71: 59-68.
- Thompson, R.A. y Wyatt, J.M. (1999). Current research on child maltreatment: Implications for educators. *Educational Psychology Review*, 11(3): 173-201.
- Trickett, P.K. y Susman, E.J. (1988). Parental perceptions of child-rearing practices in physically abusive and nonabusive families. *Developmental Psychology*, 24: 270-276.
- Tymchuc, A.J. y Andron, L. (1990). Mothers with mental retardation who do or do not abuse or neglect their children. *Child Abuse and Neglect*, 14: 313-324.
- Tzeng, O., Jackson, J. y Karlson, H. (1992). *Theories of child abuse and neglect: Differential perspectives, summaries and evaluations*. New York: Praeger.
- Whipple, E. y Webster-Stratton, C. (1991). The role of parental stress in physically abusive families. *Child Abuse and Neglect*, 15: 279-291.
- Wolfe, D. (1985). Child abusive parents: an empirical review and analysis. *Psychological Bulletin*, 97(3): 462-482.
- Zolotor, A., Kotch, J., Dufort, V., Windsor, J., Catellier, D. y Bou-Saada, I. (1999). School performance in a longitudinal cohort of children at risk of maltreatment. *Maternal and Child Health Journal*, 3(1): 19-27.
- Zuravin, S. (1988). *Child abuse, child neglect, and maternal depression: Is there a connection?* Research Symposium on Child Neglect. Washington, D.C.: U.S. Department of Health and Human Services, National Center on Child Abuse and Neglect.